

Los corresponsales de guerra chilenos en la Guerra del Pacífico (1879-1883)¹

Patricio Ibarra-Cifuentes²

Recibido: 9 de marzo de 2019 / Aceptado: 28 de octubre de 2019

Resumen. Los corresponsales enviados por los periódicos chilenos fueron el nexo entre los acontecimientos de la Guerra del Pacífico y la población lectora de sus crónicas. Gran parte de la discusión de la opinión pública chilena respecto del devenir del conflicto, se basó en la información consignada en sus escritos, pues allí encontró los detalles de la campaña descritos desde la perspectiva de la prensa. La pluma de los reporteros creó nuevos héroes para el panteón republicano y ayudó a establecer arquetipos de peruanos y bolivianos. Además, permitió a sus lectores adentrarse en la cotidianidad e intimidad del conflicto.

Palabras clave: Guerra del Pacífico; Corresponsales de Guerra; Prensa siglo 19; Testimonios de guerra.

[en] Chilean correspondents in the War of the Pacific (1879-1883)

Abstract. The correspondents sent by the Chilean newspapers were the nexus between the events of the War of the Pacific and the reading population of its chronicles. Much of the Chilean public's discussion of the conflict was based on the information contained in his writings, because he found the details of the campaign described from the perspective of the press. The pen of the reporters created new heroes for the republican pantheon and helped to establish archetypes of Peruvians and Bolivians. In addition it allowed its readers to enter into the daily life and intimacy of the conflict.

Keywords: War of the Pacific; War correspondents; 19th century press; War testimony.

Sumario. 1. Introducción 2. Prensa chilena, corresponsales y guerra 3. La creación de héroes de guerra. 4. Los enemigos de Chile 5. La guerra y sus desastres. 6. Conclusiones 7. Referencias bibliográficas

Cómo citar: Ibarra-Cifuentes, Patricio (2020): "Los corresponsales de guerra chilenos en la Guerra del Pacífico (1879-1883)". *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 26(1), 147-155.

1. Introducción

El estallido de la Guerra del Pacífico en abril de 1879 representó para Chile, Perú y Bolivia mucho más que la disputa por los territorios salitreros de Antofagasta y Tarapacá. Ese conflicto, que culminó con la victoria de Chile y la anexión de la zona en litigio además de Arica y Parinacota, también se libró en los periódicos. Desde el inicio de la disputa por la cuestión del nitrato, en sus editoriales, artículos y crónicas, los rotativos chilenos presentaron a sus lectores el derrotero de las campañas (Marítima: abril a octubre de 1879; Tarapacá: noviembre a diciembre de 1879; Tacna y Arica:

marzo a julio de 1880; Lima: noviembre de 1880 a enero de 1881 y la Sierra: abril 1881 a julio de 1883), articulando un discurso patriótico, nacionalista, belicista y diferenciador respecto de sus adversarios.

Desde sus prolegómenos, la opinión pública chilena se encontró al corriente de los sucesos relacionados la Guerra del Pacífico (Rubilar, 2011: 39-74)³. En ese contexto, los editores de los periódicos crearon un "mapa cognitivo" del conflicto, actuando como centro de noticias e interpretaciones. También, movilizaron e integraron a la población asignándose el rol de consejeros y críticos de gobernantes y mandos militares (Mc Evoy, 2011:

¹ El artículo es resultado del Proyecto FONDECYT n° 11160136 "La guerra íntima: testimonios, experiencias y cotidianidad en la Guerra del Pacífico (1879-1883)".

² Centro de Estudios Históricos de la Universidad Bernardo O'Higgins (Chile)
E-mail: patricio.ibarra@ubo.cl

³ La prensa periódica permitió la existencia de un espacio de intercambio y discusión de ideas, practicándose allí la crítica constante a los grupos políticos en pugna, la institucionalidad vigente, la administración económica, la cultura, los organismos de gobierno y el poder del Estado lo cual es esencial en la construcción de los sistemas republicanos, liberales y representativos (González, 1999: 235). Allí, la ciudadanía recibió la información útil para expresar y retroalimentar sus posturas respecto del acontecer del país las cuales se manifestaron a través de la prensa, mítines, reuniones sociales y las elecciones periódicas de Presidente de la República y de representantes al parlamento. Así, la "esfera de lo social configuró un campo de batalla donde se debatía con el poder público. También estableció una nueva forma de contacto entre el Estado y la sociedad. Es decir, los temas sociales y políticos fueron considerados legítimamente tareas cívicas de una sociedad comprometida en el debate público crítico" (Stuven, 2000: 16-17). Allí participaron individuos y grupos de interés de diversa filiación ideológica (partidos políticos, asociaciones gremiales, la Iglesia católica, etc.). Hacia el último cuarto del siglo XIX quedaba, en general, circunscrito a la elite gobernante e intelectual, además de quienes formaban parte de manera efectiva en el sistema político a través del voto (censitario) y la participación en asociaciones gremiales u obreras con niveles heterogéneos de ingresos económicos y acceso a la educación formal (profesionales, comerciantes, empleados públicos y artesanos, entre otros).

138-139). Aquello mediatizado por la dinámica del “consentimiento patriótico” en torno una anuencia social implícita para involucrarse en las hostilidades y la participación transversal en el esfuerzo bélico; el “odio al enemigo” vinculado con la negación de los adversarios y el “espíritu de cruzada” formando parte de una lucha por el Derecho y la Civilización (Rousseau, 2014: 138-139).

Iniciado el conflicto y con la movilización de las fuerzas de mar y tierra, los periódicos enviaron crónicas para cubrir las alternativas de un acontecimiento de gran importancia para las sociedades involucradas, desde el lugar donde se estaban produciendo los hechos, emulando lo realizado por los periódicos europeos y estadounidenses contemporáneos (Fernández, 2003: 23 y Castagneto, 2010: 17). Se trató de *periodistas – literatos* (Silva, 1958: XI – XIII) o *reporters* que acercaron y legitimaron intelectualmente el conflicto a la masa lectora y oyente de noticias, además de constituirse en una de las principales maneras de representar una guerra que se libró a miles de kilómetros de los grandes centros poblados de Chile (Veliz, 2018: 149).

Junto con otros memorialistas de la guerra (soldados, políticos, capellanes, observadores extranjeros, entre otros) que dejaron registro sus experiencias de la campaña (epistolarios, diarios y memorias), los corresponsales de los periódicos fueron parte fundamental del *campamento letrado*, parafraseando la idea de Ángel Rama relativa a la existencia una *ciudad letrada* donde se realizó una práctica de la escritura respondiendo a demandas específicas (Rama, 2004), que se formó en los lugares donde se acantonó el ejército chileno. Desde allí, se generó una narrativa asociada a la guerra, desplegada desde la autoridad y fianza sociocultural entregada a los testigos presenciales, en tanto se trató de relatos en primera persona desde el lugar de los hechos (Cancino, 2007: 251). Su destino era el público contemporáneo lector de noticias, e indirectamente también al posterior a los sucesos. De ese modo, se trata de documentos relevantes para reconstruir un fenómeno relevante para las sociedades involucradas.

¿Cómo informaron los corresponsales? Gran parte de lo ocurrido durante la Guerra del Pacífico se conoció en Chile a través de los cronistas que acompañaron a las tropas en la expedición a Bolivia y Perú. A partir de sus escritos, se fundamentó una importante fracción de lo expresado en editoriales, columnas y artículos en general, las cuales eran complementadas con transcripciones de otros documentos asociados al conflicto. Así, las alternativas de los combates, la dirección política y militar fueron presentadas desde el teatro de operaciones al frente interno chileno.

¿Cuál fue la repercusión de las crónicas de los corresponsales? Sus escritos permitieron a sus lectores acercarse a un conflicto que se peleó a miles de kilómetros al norte de los grandes centros poblados de Chile, informándoles de los grandes temas y de los detalles de la campaña. Del mismo modo, colaboraron con la creación de nuevos héroes para el panteón republicano chileno, en tanto el estallido de la guerra propició la oportunidad y el espacio para la aparición

de personajes reconocidos por todos. Además ayudó a fortalecer los arquetipos de peruanos y bolivianos.

¿Quiénes leyeron sus crónicas? La narrativa de los corresponsales satisfizo la demanda por información relativa al conflicto de parte de la población consumidora de medios de comunicación. Asimismo, los periódicos merced a su facilidad de acceso y lectura grupal, permitieron que los relatos de guerra llegaran a públicos heterogéneos tales como artesanos, obreros y mujeres, quienes se incorporaron desde mediados del siglo XIX al mercado periodístico (Poblete, 2002: 98). Dado el interés por conocer del detalle de las operaciones militares, sumado a su prosa ágil en clave heroica y patriótica, esas relaciones eran atractivas para todo tipo de lectores. Del mismo modo, eran susceptibles de ser consideradas también como una lectura recreativa, colaborando en el proceso de trivialización de la guerra, haciéndola familiar y cotidiana además de santificar con una connotación cívica la experiencia bélica, útil para la cohesión nacional en pos de la obtención de la victoria (Mosse, 2016: 191).

Por tratarse de obras literario – periodísticas poseen un carácter subjetivo e interpretativo de lo que narraron. Escritos desde el punto de vista chileno, los hechos fueron observados y descritos según esa perspectiva y escala de valores (Figueres, 2005: 282). En líneas generales, se trató reportajes que poseían una narrativa romántica, patriótica y épica, rasgo distintivo de las crónicas de los corresponsales durante el siglo XIX e inicios del XX (Fernández, 2003: 26). En ocasiones, se encontraban muy cercanas a la propaganda, transformando esos escritos en una apología condescendiente con los chilenos en general, de los combatientes en particular, y por extensión de la guerra en cuanto tal (Fussell, 2006: 121).

En el presente estudio se utilizarán las crónicas de Eduardo Hempel (*El Ferrocarril* de Santiago), Daniel Riquelme (*El Heraldo* de Santiago), Julio Chaigneau y Ricardo González y González (*La Patria* de Valparaíso) y las de Eloy Caviedes (*El Mercurio* de Valparaíso), por tratarse de los periódicos de las ciudades más pobladas de Chile constituidas como centro de la actividad política y económica durante el desarrollo de la Guerra del Pacífico. Cabe destacar que esas relaciones fueron reproducidas por medios de ciudades más pequeñas, con lo cual su contenido se transmitió más allá de la publicación original. Además, se incluirán los escritos aparecidos de *El Coquimbo* de La Serena, atribuidas a Francisco Machuca, oficial del regimiento Coquimbo que hizo la campaña al Perú (Castagneto, 2007:17) y al uruguayo Javier de la Isla (*Diario de un viajero...*, 2017:3), las que fueron publicadas periódicamente entre 1879 y 1883⁴.

⁴ Existen varias compilaciones de crónicas de corresponsales chilenos en la Guerra del Pacífico: *Relación completa de las batallas de Chorrillos y Miraflores escrita en el teatro de la guerra por el corresponsal de “La Patria”* (1881, Valparaíso); Daniel Riquelme, *La Expedición a Lima* (1967, Santiago); *Batallas del Ejército de Chile. Chorrillos y Miraflores. Crónicas de Eduardo Hempel, corresponsal de guerra* (2010, Santiago); Piero Castagneto, *Cartas de la Escuadra* (2014, Santiago) y del mismo compilador *Corresponsales en campaña en la Guerra del Pacífico* (2015, Santiago).

Las crónicas de los corresponsales de los periódicos chilenos que acompañaron a las tropas durante la Guerra del Pacífico, se transformaron en un insumo importante para la discusión de la Opinión Pública contemporánea, además de construir entre la población que accedió a su contenido un cuadro general de los acontecimientos que ocurrían mientras se desarrolló uno de los conflictos externos de mayor relevancia para el devenir y futuro de los países involucrados.

2. Prensa chilena, corresponsales y guerra

Hacia el último cuarto del siglo XIX, la prensa chilena se encontraba en una etapa de consolidación como fuente de información y discusión respecto de los temas de contingencia pública. Así, desde el prurito de la independencia y la objetividad, se instaló como portavoz de los ideales de la modernidad y el progreso, elementos claves en la construcción de las instituciones republicanas y las libertades individuales decimonónicas. De la misma forma, también se perfilaba como una actividad económica rentable para sus editores (Rivera, 220 – 221: 2017).

En concordancia con lo anterior, los corresponsales asumieron su tarea como la narración autónoma y ecuánime de lo acaecido en el frente de batalla. Así, en abril de 1879 el enviado de *La Patria*, prometió a sus lectores “*contar siempre sólo aquello que lleve el sello de la verdad, sacado de buenas fuentes o visto por mis ojos*”, en tanto “*esa es la misión de un corresponsal que no se inspira en consideraciones ajenas a los deberes que le impone su delicado puesto*” (*La Patria*, 16/04/1879). Sin embargo, meses después declaró que reconstruir el derrotero de la guerra con absoluto apego a los hechos era una tarea compleja por cuanto le era imposible “*estar uno en todas partes a la vez, y verlo todo con sus propios ojos, y (...), por la discordancia de los datos que nos transmiten*” (*La Patria*, 15/01/1880). En efecto, gran parte de lo relatado se basó en las conversaciones que sostuvieron con personas que participaron en los hechos relatados. En febrero de 1883, el enviado de *El Coquimbo* aseguró que en su crónica reprodujo datos obtenidos de “*la conversación que tuve con los oficiales que expedicionaron*”, los cuales “*me apresuro a recopilar para los lectores de su apreciable diario*” (*El Coquimbo*, 09/02/1883). Así, estos escritos son una construcción que va más allá del individuo que la genera, aunque esto no sea explicitado por el autor, permaneciendo los eventuales coautores en el anonimato. (Bödeker, 2004: 200).

Algunos anónimos desempeñaron la tarea de corresponsales. Periódicos, especialmente de ciudades pequeñas, publicaron cartas donde se relataron diversas circunstancias de la guerra. Ya fuera *motu proprio* o por encargo, hicieron de manera esporádica las veces de enviados especiales, dando a sus medios la posibilidad de contar con información complementaria a la entregada por la prensa de los grandes centros

poblados. Se desconoce si estos individuos acompañaron a los expedicionarios en roles anexos al ejército, o bien, se trató de soldados que al saber leer y escribir narraron el derrotero de la campaña, tampoco si fueron remunerados por sus informes.

Al momento de la aparición de una crónica, el resultado de una batalla era un hecho consumado y conocido, pues el telégrafo o el transporte marítimo ya habían divulgado la información. Así, entregaron los detalles, llenaron vacíos y presentaron al gran público el cuadro general de los sucesos de la campaña. Por ejemplo, el corresponsal mercurial Eloy Caviedes escribió en alta mar, a propósito del frustrado ataque al puerto peruano del Callao por la escuadra chilena (21 al 22 de mayo de 1879), vio la luz en Valparaíso la segunda semana de junio en la forma de un suplemento especial (*El Mercurio* 12/06/1879). Las crónicas de las acciones en tierra demoraron algo menos en ser publicadas. La narración de las batallas de San Juan y Chorrillos y de Miraflores (13 y 15 de enero de 1881 respectivamente), se dividió en cuatro partes aparecidas consecutivamente en *La Patria* los días 24 y 25 del mismo mes, en los números de la mañana y en los suplementos de la tarde (*La Patria*, 24/01/1881 y 25/01/1881). Por razones de espacio, y aprovechando de cautivar a los lectores asegurando la venta de más ejemplares de los periódicos emulando la divulgación de novelas y folletines, las crónicas se publicaban por fragmentos en días sucesivos.

Debido a la naturaleza de su trabajo, los corresponsales de guerra se inmiscuyeron en los campamentos para observar lo que allí acaecía, conseguir testimonios o recopilar documentos que les sirvieran para complementar sus relaciones. Sumado a su condición de civiles, su irrupción en las tareas castrenses sin estar sometidos a su disciplina, les valió ganarse el rechazo de los altos mandos del Ejército y la denominación de *cucalones*, como se nombró despectivamente a las personas ajenas al mundo militar que estuvieron presentes entre las fuerzas chilenas durante el conflicto de 1879.

Eloy Caviedes fue el más importante de los corresponsales chilenos y severo examinador de las decisiones tomadas por los altos mandos durante la guerra. Fustigó planes fracasados y lo que consideró como ineptitud de los jefes en la conducción de las tropas. Una de sus víctimas fue el almirante Juan Williams Rebolledo. Embarcado en el *Blanco Encalada*, buque insignia de la Armada chilena, el corresponsal de *El Mercurio* se encontró presente en la frustrada incursión de la escuadra chilena al puerto del Callao en mayo de 1879, que tenía por objeto destruir a la flota peruana. Luego del fracaso de la operación, pues los blindados peruanos *Huáscar* y la *Independencia* no se encontraban allí, pues se habían dirigido al sur y días más tarde se enfrentaron a los buques chilenos *Esmeralda* y la *Covadonga* en Iquique (21/05/1879), con el resultado de la pérdida de la primera de éstas, Caviedes cuestionó el proceder de Williams:

¿Cómo era que ignorábamos esa circunstancia? ¿Cómo no lo habían comunicado al Almirante los agentes secretos que indudablemente debía tener el gobierno? Y en vista de los días que transcurridos desde la salida de los buques peruanos ¿no era más que probable que hubiesen atacado a los débiles buques que habían quedado en Iquique? (*El Mercurio*, 12/06/1879).

Éstos y otros comentarios trajeron consecuencias. En marzo de 1880, el general Erasmo Escala expulsó a algunos corresponsales pues entraron a una zona donde debían estar únicamente militares. El General no gustaba del trabajo de los reporteros pues consideraba que creaban favoritismos entre la opinión pública y desmerecían su propio rol en el conflicto (Sater, 1986: 69).

Sin embargo, fue tras la batalla del Alto de la Alianza (26/05/1880), victoria chilena que significó en fin de la colaboración efectiva de Bolivia a su aliado peruano, donde se produjo la mayor discordia entre Caviedes y la oficialidad superior del ejército, especialmente con el general en jefe Manuel Baquedano. En esa oportunidad, el Corresponsal sostuvo que el triunfo pudo conseguirse de manera más fácil y criticó el que no se haya perseguido al enemigo derrotado. Además, publicó sin autorización los partes oficiales de los jefes de varios cuerpos entre otros documentos (*El Mercurio*, 16/06/1880). Divulgar esos informes le trajo consecuencias. En agosto de 1880, cuando Caviedes volvía al teatro de la guerra fue detenido por orden del general Baquedano. Se abrió un sumario en su contra y desató la polémica. Caviedes solicitó a Eusebio Lillo, a la sazón Jefe Político y Militar de Tacna y delegado del gobierno en el Ejército expedicionario chileno ser puesto en libertad esgrimiendo que poseía un pase entregado por el Ministro de la Guerra José Francisco Vergara. Finalmente, Caviedes fue liberado aunque le fue prohibido acceder a los campamentos y su periódico envió otro periodista a cubrir las alternativas de la guerra. (Castagneto, 2015: 45-64). Con todo, tiempo más tarde volvió a ejercer, realizando su tarea hasta marzo de 1883 (*La Industria*, 27/03/1883).

Su medio deploró el hecho y lo consideró un ataque contra la prensa en su conjunto (*El Mercurio*, 8 y 9/09/1880). Otros rotativos, entre ellos *El Heraldo* y *La Patria*, manifestaron públicamente su apoyo a Caviedes y a *El Mercurio* (*El Heraldo*, 9/09/1880 y *La Patria* 08/09/1880). El reclamo era justificado. La ley de imprenta de 1872 establecía plenas garantías a la libertad de expresión y trabajo de los periódicos, pues no existía la censura previa o previsiones específicas en ese sentido, en el caso que Chile se encontrara en estado de guerra interna o externa (Ibarra, 2014: 310-311).

La autorización entregada por el ministro Vergara a Caviedes, se explica por la amistad que sostenía el Ministro con Agustín Edwards Ross dueño de *El Mercurio*, al compartir muchos de los puntos de vista respecto de la conducción de la guerra. Por otra parte, no puede des-

cartarse que el mando civil permitiera la permanencia de los corresponsales en la Armada y el ejército, como una manera de congraciarse con una parte de la prensa y atenuar las críticas al gobierno (Castagneto, 2007: 20).

La reticencia de los altos oficiales para con los corresponsales y los periódicos se basaban en la profusión incontrolada de información relativa a la guerra que emanaba desde los periódicos chilenos. En efecto, en 1883 fue arrestado el editor de *La Industria* de Iquique, acusado de informar de movimientos de tropas y comunicarse un oficial boliviano que trabajaba como enviado de un periódico de La Paz (Sater, 1986:70).

3. La creación de héroes

Las victorias de los chilenos fueron profusamente narradas, comentadas y glorificadas en los escritos de los corresponsales de guerra. Estas historias de sacrificio y abnegación que permitieron la victoria de las armas chilenas en la Guerra del Pacífico, inundaron las páginas de los periódicos creando un nuevo grupo de personajes notables susceptibles de ser incluidos en el panteón de héroes de la República.

Del relato de los corresponsales se desprende que la victoria chilena siempre fue una certeza. La campaña podría tener retrasos o imperfecciones merced a la ineficiencia de los mandos o por la resistencia de las tropas aliadas. Sin embargo, la victoria final llegaría tarde o temprano, pues la causa, las instituciones, la idiosincrasia, el temple y la valentía de los soldados, el apoyo de la población y en definitiva el espíritu de la nación chilena era superior a la peruana y boliviana.

En cada una de sus crónicas, los corresponsales desplegaron sus recursos narrativos y retóricos en clave patriótica elaborando un discurso donde se exaltaron las virtudes guerreras del soldado chileno, quien era capaz de realizar proezas sin comparación a la hora de salvaguardar la honra de su país. Soldados y marinos chilenos fueron presentados como hombres resueltos para enfrentar las vicisitudes de la guerra, sin importar cual fuera el número, valer o armamento del enemigo. Por ejemplo, en su relato del asalto y toma del Morro de Arica (07/06/1880) Eloy Caviedes señaló:

Dos regimientos (1.800 hombres) iban, pues, a batirse de frente, a pecho descubierto, sin más armas que el rifle y la bayoneta, contra un enemigo casi igual en número (1.400 hombres), defendido por 19 cañones de grueso calibre, dos ametralladoras, posiciones formidables, casi inexpugnables, y un total de 16 magníficos fuertes y reductos de difícilísimo acceso, cada uno con su recinto minado para que los asaltantes, aun triunfadores, volasen despedazados después de cada victoria; la mayor parte de ellos dominados por la construcción vecina, para que, aun en el caso de que alguno se escapara de los estragos de la mina, continuara todavía a merced de los fuegos enemigos y tuviera que recomenzar una, dos y tres veces la hazaña que acababa de consumar (*El Mercurio*, 18/06/1880).

No importaba cuantos obstáculos hubieran de derrotar, pues el empuje de los soldados todo lo podían en pos de conseguir la victoria final. Respecto de la misma batalla de Arica, la crónica de Eduardo Hempel consignó:

Estalla otra mina. Que importa. El enemigo se ha encerrado en el fuerte y es preciso llegar hasta allí, aun cuando el 4° había recibido orden de apoderarse solo del fuerte Este. Pero ¿cómo detenerse? ¿Cómo apagar el patriótico fuego del brioso empuje de nuestros soldados que iban a ver coronados por una espléndida victoria sus denodados esfuerzos, sus sacrificios? (*El Ferrocarril*, 30/06/1880).

Los chilenos demostraban su valía peleando hasta el fin. La pluma de los corresponsales glorificó su muerte. Por ejemplo, la derrota en la batalla de Tarapacá (23/11/1880) permitió que Eleuterio Ramírez, comandante del regimiento 2° de Línea, se ganara su lugar entre los grandes prohombres de la guerra y de la historia de Chile:

Durante aquel atrevido ataque, que nuestros propios enemigos no tienen palabras suficientes con que elogiar, el ejemplo del comandante Ramírez despertó entre sus subalternos ese heroísmo innato que se abriga en el fondo del corazón del soldado chileno.

El comandante Ramírez, recostado sobre el hombro izquierdo y moviendo con estoico valor el brazo y la mano herida, cargó en esos momentos su revólver y principió a dispararlo contra el enemigo, aprovechando las últimas cápsulas que le quedaban.

A cada uno de sus tiros, caía un enemigo al suelo, la mayor parte de los heridos en pleno corazón, porque el heroico jefe apuntaba con tanta sangre fría como si disparase contra un blanco (*El Mercurio*, 15/12/1879).

Caviedes detalló en el fragmento precedente circunstancias que no observó directamente. Reconstituyó los últimos momentos del Ramírez a partir de testimonios de terceros, dramatizándolos y engrandeciendo su conducta reafirmando la idea que los chilenos peleaban hasta morir, sin rendirse ni pedir cuartel, pues se trataba de hombres dispuestos a cualquier sacrificio en aras de la defensa de la Patria. Más aún, según este relato, el proceder de Ramírez no solo causó impresión entre sus compatriotas, sino también entre sus enemigos. Se trata entonces de la mistificación de un héroe de carácter transversal, cuyas proezas eran reconocidas por todos.

Por su parte, la hueste común y corriente también tuvo su espacio de glorificación. Las acciones realizadas en el campo de batalla por los *rotos* ocuparon un importante lugar en las crónicas de los corresponsales chilenos calificándolas como hazañas, donde destacaban su picardía, disciplina, valentía, condición de guerreros irreductibles y patriotismo. Si bien el combate de Topater (23/03/1879) fue el bautismo de fuego del ejército chileno, fue el desembarco de

Pisagua (02/11/1879) que dio inicio a la invasión a territorio peruano, donde comenzó su mistificación. De allí en adelante, su figura ganó cada vez más brillo en las crónicas, permitiendo que en editoriales y artículos de los periódicos chilenos fuera representado como un héroe colectivo para la población, permitiendo superar las barreras sociales de la época (Cid, 2009: 221-254).

Los corresponsales construyeron la imagen de un combatiente esforzado, dispuesto y preparado para imponerse ante los enemigos de Chile. El enviado de *La Patria* idealizó los preparativos de los *rotos* antes del desembarco de Pisagua:

Reina en los diferentes departamentos del buque una bulla continua. Son los soldados que conversan al mismo tiempo que aprestan sus armas.

– Este va a saber si es cierto que los indios del Perú tienen la cabeza dura, dice un colosal granadero sacando un largo y afilado sable, tan afilado como una navaja de barba.

– Con este corvito, exclama un tercero, soy capaz de despedazar a un elefante.

– Y yo con esta madre, y apunta a su Comblain, agrega otro, voy a convertir desde lejos en harnero a más de un cholo (*La Patria*, 12/11/1879).

Estas líneas fueron escritas después del combate. Todos ellos, en palabras del enviado de *La Patria*, eran hombres de cualidades combativas sobresalientes, esperaban ansiosos el momento de entrar en combate y castigar a sus adversarios. Del mismo modo, el *roto* lo podía todo a la hora de defender a su país. Felices superarían todas las adversidades y permitir el triunfo y la supremacía de Chile, asemejando la batalla a una fiesta:

Por otra parte, nuestras tropas, si bien a veces han pasado sus *crujidas*, como dicen los soldados, se resignan mucho más fácilmente que las peruanas a las privaciones, porque están animadas por un alto espíritu de patriotismo, y aunque escasas de provisiones en la mañana del día del combate a causa de las marchas y contra marchas que se vieron obligadas a hacer, tuvieron en la noche una succulenta cena que reavivó sus fuerzas para la esperada batalla del 20 [Batalla de Dolores 20/11/ 1879].

Durante la comida era de ver la alegría de nuestros valientes al discurrir sobre la próxima batalla. Los chistes y los alegres dichos corrían de boca en boca con esa naturalidad propia de nuestro pueblo, y después de la comida fue una de las más serias preocupaciones de cada uno de ellos vestirse de limpio para el día siguiente, eligiéndose la más bien planchada camisa y cepillando cuidadosamente las prendas del vestuario a fin de estar bien *futres* [correctamente vestidos] para recibir a los peruanos (*La Patria*, 29/11/1879).

De la misma manera, los corresponsales destacaron la disciplina y sacrificio de los soldados durante la campaña. Desde Pacocha, el 17 de marzo de 1880,

el cronista de *El Coquimbo*, defendiendo a las tropas de acusaciones de inactividad y lentitud en el desarrollo de las operaciones militares por parte de algunos diarios, aseguró que debían transitar por caminos difíciles, cargando su equipo, bajo las inclemencias del tiempo con graves consecuencias para ellos:

Así son las cosas! Mientras tanto el soldado atraviesa paciente esos caminos que creen tan fácil, bajo un sol de fuego, con su rifle, su mochila, su rollo con capote o frazada, su caramayola de agua, su saco de provisiones y su morral con 150 tiros.

Y corran y corran! Y caminen y caminen!

En la marcha de la 2ª división, nada menos, cayó muerto de insolación el teniente Navarro del Santiago, al llegar a Hospicio, a ese Hospicio tan abundante de agua y vegetación para los diaristas del sur (*El Coquimbo*, 31/03/180).

Por último, los sobrevivientes de la guerra debían recibir los vítores de sus conciudadanos; los que murieron pagando el último precio por el bienestar de su tierra y los suyos, debían ser inmortalizados en el lugar privilegiado que les correspondía como héroes en los anales de la gloria cívica y en las páginas de la historia patria, pues su ejemplo debía ser impecedero entre las futuras generaciones de chilenos. Como corolario a su narración de las batallas de San Juan y Chorrillos y de Miraflores, que significaron la entrada de las tropas chilenas a Lima, Eduardo Hempel señaló:

Y si yo no he sabido o no he podido narrar vuestras hazañas, Chile agradecido tejerá coronas de siempre vivas para quienes murieron, derramará lágrimas de eterno reconocimiento sobre sus tumbas y será madre cariñosa para sus huérfanos; Chile agradecido, cubrirá de flores la senda que falta por recorrer a los que han quedado en pie, y en su suelo serán protegidos por su gloria, por el amor y respeto de sus conciudadanos (*El Ferrocarril*, 17/02/1881).

Según Hempel, el triunfo obtenido debía ser reconocido por los chilenos. Debían honrar y cuidar de los deudos de todos aquellos ciudadanos que dejando de lado su interés personal, entregaron su vida y se convirtieron en los nuevos héroes de la República.

4. Los enemigos de Chile

Durante la guerra, los corresponsales chilenos ayudaron a crear un discurso de la alteridad no chilena, a partir de estereotipos respecto de peruanos y bolivianos, colocándola como naciones y culturas inferiores. En sus escritos se les caracterizó como cobardes, incivilizados y sin compromiso patriótico. La intención de los enviados especiales de los periódicos, fue diferenciar a los chilenos de sus enemigos, presentándoles como indignos de con-

miseración y respeto, representándolos como un modelo de decadencia en lo político, económico, social y cultural (Todorov 1987: 57). De ese modo, se perpetuó la autopercepción la superioridad chilena (Mc Evoy, 2011: 251-252).

Así, para los corresponsales los actos de cobardía de los enemigos de Chile debían ser denunciados para así demostrar lo ruin de sus intenciones y proceder, incluso con sus propios compatriotas. A propósito de la batalla de Dolores (20/11/1879) Caviedes anotó:

Mientras tanto los peruanos valientes con los débiles y embrutecidos por el hambre y el miedo, asaltaban esa misma noche una ambulancia de su nación, saqueaban las provisiones destinadas a los heridos, y asesinaban cobardemente a dos soldados chilenos que, gravemente heridos, habían sido recogidos en el campo por los miembros de la Cruz Roja peruana (*El Mercurio*, 29/11/1879).

En la misma nota, Caviedes subrayó en el desencuentro entre los aliados Perú-bolivianos:

Lo más curioso nos ha parecido es la animosidad de los soldados peruanos contra los bolivianos, superior aun a la que éstos profesan a aquellos.

En todas las relaciones del combate que nos han hecho los prisioneros peruanos notamos las más amargas quejas y los más duros epítetos contra sus aliados.

Los bolivianos, por su parte, despellejaban también de lo fino a sus hermanitos, y algunos creen que si Daza hubiera mandado el ataque, otro gallo les cantara. En lo que todos están de acuerdo, es en confesar el terrible miedo que les causó el ataque a la bayoneta, porque entre ellos es proverbial el empuje del soldado chileno para esta clase de ataques, y convienen de buen grado en su inferioridad a ese respecto (*El Mercurio*, 29/11/1879).

De este párrafo se desprende que para Caviedes, la unión de los ejércitos del Perú y Bolivia no tenía futuro alguno, pues los soldados peruanos no creían en sus camaradas bolivianos y viceversa, lo cual impediría cualquier posibilidad de una victoria aliada. Más importante aún, cualquiera fuera quien mandara las tropas nada frenaría el triunfo chileno, pues la sola manera de combatir de sus hombres, inspirándose en un profundo patriotismo, causaba el temor suficiente para paralizar de miedo las líneas enemigas.

Durante todo el conflicto, las crónicas de los corresponsales caracterizaron a los soldados peruanos como carentes de valor en batalla, por cuanto la sola presencia de los chilenos les hacía huir como animales temerosos. A propósito de una escaramuza registrada en los contrafuertes andinos del Perú a fines de febrero de 1882, el corresponsal de *El Coquimbo* afirmó:

Al primer disparo de nuestra poderosa artillería, lo peruanos tomaron la fuga, acordándose que su sistema de guerra consiste en la ligereza de sus piernas y sus glo-

rias en rivalizar en velocidad con las tímidas gacelas (*El Coquimbo*, 17/03/1882).

Un hecho que sirvió a los corresponsales para ejemplificar lo que se consideraba como la cobardía intrínseca de los peruanos, fueron las circunstancias que desencadenaron la batalla de Miraflores. Este combate que permitió la entrada de las tropas chilenas a Lima, capital del Perú, se inició por el descuido de la jefatura chilena que realizó un reconocimiento a las posiciones adversarias, acercándose demasiado a ellas y fue atacada con fuego de fusil, lo cual provocó el inicio de la contienda rompiendo el armisticio suscrito luego de las batallas de San Juan y Chorrillos (Bulnes II, 1955: 341-347). Sin embargo, los enviados de los periódicos chilenos vieron en esos hechos una nueva prueba de la deslealtad de los peruanos, al sostener que el ataque y la violación de la tregua había sido una acción premeditada. Eduardo Hempel de *El Ferrocarril*, señaló:

Los peruanos, violando pérfidamente el armisticio, infamando su nombre de nación con la más negra de las alevosías, ya que no manchaban su honor que habían arrastrado por el fango y por el lodo; los peruanos se habían venido en silencio, ocultándose en los accidentes y sinuosidades del terreno, hasta ocupar sus ventajosísimas posiciones, parapetándose detrás de la extensa y ancha muralla aspillada del barranco (*El Ferrocarril*, 13/02/1881).

De la misma manera, la sociedad peruana era considerada como inferior e incivilizada en comparación con la chilena. Durante la ocupación de Lima por los chilenos, el corresponsal de *La Patria* caracterizó la ciudad, y por extensión a sus habitantes, como sucia y desaliñada, propios de una sociedad atrasada que no tenía los hábitos de limpieza adecuados para los estándares del progreso alcanzado hacia el último cuarto del siglo XIX:

Lima se parece a aquellos niños sucios, a quienes es necesario que se les lave la cara para que no inspiren asco a los que los miran. Sus calles están en completo estado de desaseo y en sus alrededores montones de basura en putrefacción, restos de animales muertos destrozados por los picos de los gallinazos, aguas estancadas que despiden miasmas mortíferas, amenazan la ciudad de los virreyes a la bella Lima, convertida en un panteón por el efecto del collar de inmundicias que adorna a esta sultana del Pacífico, como los collares de perlas adornan la frente de las esposas del Sultán (*La Patria*, 14/04/1881).

5. Los desastres de la guerra

En su intento por reconstruir fielmente las alternativas del conflicto de 1879, los corresponsales describieron las batallas y sus consecuencias en vidas humanas y materiales. Ya sea por destacar la fiere-

za de los soldados chilenos, glorificar su muerte o por narrar de manera espectacular lo ocurrido para explotar el morbo de sus lectores, no escatimaron detalles en su narración respecto los horrores de la guerra.

Los detalles de las crónicas llegaron a niveles escabrosos. Por ejemplo, Daniel Riquelme relató crudamente el resultado de la carga de la caballería chilena en la sorpresa de Ate (08/01/1881), en las afueras de Lima, contra una veintena de soldados peruanos:

Iba al frente de la primera mitad de granaderos el alférez don Nicanor Vivanco, y tan rápida fue su carga sobre los que huían que a pesar del corto trecho que éstos tenían que recorrer para quedar a salvo, alcanzó a acorralar a veinticinco, dos oficiales y 23 soldados, los mismos que después mordían el polvo, rasgadas de alto a bajo las cabezas, como si fueran sandías.

¡Qué sablazos, Dios de la guerra!

Unos se habían detenido en la mandíbula inferior, otros habían hundido los kepíes [sic] en una zanja que llegaba hasta la nariz, y muchas cabezas pendían apenas de una hebra de carne! (*El Heraldo*, 26/01/1881).

Las palabras de Riquelme son elocuentes en su búsqueda por glorificar la carga de los granaderos chilenos, incluyendo en su narración los pormenores del estado en que quedaron los cuerpos de los soldados derrotados. Así subrayó en lo que sucedería con quienes osaran enfrentarse a los chilenos.

Por su parte, Eduardo Hempel relató lo que observó en una de las trincheras de la línea de San Juan, en las inmediaciones del balneario costero de Chorrillos, luego de recorrer el campo de batalla días después de la entrada de las tropas chilenas a Lima en enero de 1881:

Cuando el General en Jefe recorría las trincheras tomadas por el Buin, Esmeralda y Chillán, trincheras en que los cadáveres de los peruanos estaban uno al lado del otro casi sin interrupción, nos llamó la atención un grupo formado por un soldado del Buin y dos peruanos del núm. 67. El cuerpo del soldado del Buin estaba doblado hacia atrás, con una ancha herida en el pecho. Su rifle quebrado en la garganta y con la bayoneta encorvada parecía que acababa de desprenderse de sus crispadas manos. A sus pies yacían los cadáveres de los dos peruanos, uno de ellos con el cráneo destrozado y el otro con una profunda herida en la garganta.

El drama de que fueron actores esos tres hombres debió ser terrible (*El Ferrocarril*, 08/02/1881).

Del mismo modo, los enviados especiales describieron los procedimientos quirúrgicos a los que fueron sometidos algunos de los heridos. Tras la batalla del Alto de la Alianza, el corresponsal de *El Coquimbo* informó del estado de los lesionados de la unidad homónima. En la oportunidad se refirió a la condición de un subteniente de apellido Varas:

[La] herida se ha hecho bastante grave a consecuencia de la ruptura del hueso de la *pelvis* y el del *muslo*, en el último de los cuales ha quedado sólidamente incrustada la bala. Los doctores Allende Padín y Gorroño quisieron extraerla hace unos días practicando una brillante operación, pero desgraciadamente fue imposible conseguirlo (*El Coquimbo*, 26/06/1880).

Los desastres de la Guerra del Pacífico fueron vívidamente relatados por los corresponsales chilenos. Sin embargo, la forma en que llevaron al papel los crudos hechos que les tocó en suerte informar, parece más destinada a engrandecer las cualidades guerreras, el sacrificio de los chilenos y el castigo a sus enemigos, más que un intento por presentar la sinrazón y destrucción que provocan los conflictos armados.

6. Conclusiones

El Ministro de Guerra chileno José Francisco Vergara escribió desde la localidad peruana de Pisco el 23 de noviembre de 1880 a su hijo Salvador, quien se encontraba en Bélgica cursando estudios superiores, respecto del discurso rimbombante y triunfalista imperante en Chile, señalándole que *“te parecerá extraño que no te cante aquí un himno en nota alta y vibrante sobre el heroico valor del soldado chileno; pero mi mayor anhelo es que tu espíritu no esté fuera de la verdad, te hablo de las cosas tal cual son realmente y no según el lenguaje, fanfarrón, jactancioso e hiperbólico tan en boga en nuestro país.”* (Henríquez, 2009: 278). Parte de ese ambiente, fue alimentado por la prensa en general, y las crónicas de los corresponsales en particular.

En sus escritos publicados en los periódicos para informar a sus lectores de lo que sucedió en los frentes de batalla de la Guerra del Pacífico, se relataron prácticamente todos los temas relacionados con la campaña militar. Además, colaboraron en la construcción de la autovaloración de los chilenos y su diferenciación respecto de peruanos y bolivianos. Desde esa tribuna, los corresponsales desplegaron sus mejores capacidades como narradores, pues tenían formación como escritores o críticos literarios, para llevar las novedades y atrapar con su discurso patriótico y belicista, a sus lectores.

Acompañando de cerca las acciones ocurridas en el norte, aunque no siempre relatando lo que sus propios ojos observaron, los corresponsales se convirtieron en nexos entre cuanto ocurría en los buques de la escuadra o los regimientos del ejército y la población lectora de sus respectivos periódicos en Chile. El cuadro general y los detalles del desarrollo de la guerra

fueron conocidos al ritmo de su pluma y fue imaginada con el colorido que impregnaron a sus relatos, no escatimando en el uso del idioma para resaltar lo que a su juicio era necesario de recalcar, aunque aquello también incluyera la descripción del costo pagado en vidas por la defensa de la bandera en el campo de batalla. Así, la opinión pública contemporánea pudo tomar noción de lo acaecido, y más importante aún, acceder a la información fáctica necesaria para ejercer la crítica al proceder y decisiones de los directores de la guerra respecto de la conducción civil y militar de las acciones, en el contexto de la construcción del Estado Nación y las instituciones republicanas decimonónicas, donde los ciudadanos tenían el derecho y el deber de hacerse partícipes y fiscalizar las acciones de las autoridades encargadas de liderar al país.

Sus ideas y palabras fueron recogidas en editoriales, artículos y columnas de los rotativos chilenos donde se comentó el devenir del conflicto, celebrando las victorias, lamentando las derrotas, glorificando a soldados y marinos, endilgando responsabilidades y especialmente, alimentando el debate político a propósito de cuál debía ser el camino más apropiado para que Chile saliera airoso del desafío de enfrentar en una guerra a dos países al unísono. En definitiva, juzgando el proceder de unos y otros por su proceder durante el conflicto, lo cual les significó enemistarse con los altos mandos del ejército.

Del mismo modo, desde su tribuna los corresponsales ejercieron un rol como pedagogos cívicos respecto de cómo debían comportarse los chilenos al defender su bandera, al describir y exaltar como un puñado de sus connacionales procedían en el campo de batalla. Si la Guerra del Pacífico implicó el nacimiento de nuevos héroes para Chile, gran parte de ello fue a partir del trabajo de los cronistas de los periódicos, quienes glorificaron el proceder de los chilenos a través de un discurso y una retórica nacionalista exacerbada comprometida y obsesionada con el triunfo ante el Perú y Bolivia, la cual se vio fortalecida por la seguidilla de triunfos durante el desarrollo del enfrentamiento y la ocupación sistemática de los territorios en disputa.

En definitiva, lo obrado por los corresponsales chilenos de la Guerra del Pacífico, se inscribe dentro de la reacción general que presentó la sociedad chilena ante el estímulo provocado por un conflicto externo, y más aún contra dos enemigos al unísono. Las crónicas de guerra, permitieron que los chilenos se informaran de lo que acontecía con sus marinos y soldados, acercándolos y vinculándolos con una guerra lejana y, de ese modo, colaborando con la creación de un imaginario que fue funcional a los intereses de Chile con la causa de la victoria de sus armas.

6. Referencias bibliográficas

- Bödeker, Hans (2004): "Letters as historical sources – some concluding reflections", En: Shulte, Regina & von Tipperskirch, Xenia (eds.). *Reading, interpreting and historicizing: letters as historical sources*. Florencia: European University Institute. pp. 199-202.
- Bulnes, Gonzalo (1955). *Guerra del Pacífico*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Cancino, Tomás y González, Carolina (2007). *Justicia, poder y sociedad en Chile. Recorridos históricos*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Castagneto, Piero (2007). "Introducción". En: Caviedez, Eloy *El combate de Iquique*. Viña del Mar: Ediciones Altazor, pp. 13-50.
- Castagneto, Piero (2014). *Cartas de la escuadra. La campaña naval de 1879 relatada por el corresponsal de "El Mercurio"*. Santiago: RIL.
- Castagneto, Piero (2015). *Corresponsales en campaña en la Guerra del Pacífico. 1879-1881*. Santiago: RIL.
- De la Isla, Javier (2017). *Diario de un viajero uruguayo en la campaña de la Sierra*. Santiago: Los Héroes Olvidados.
- Douglas Dollenz, Walter (2010). *Batallas del Ejército de Chile. Chorrillos y Miraflores. Crónicas de Eduardo Hempel, corresponsal de guerra*. Santiago: RIL Editores.
- Fernández, María (2003): "Introducción". En: Núñez de Arce, Gaspar: *Crónicas periodísticas de la Guerra de África (1859-1860)*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp.9-42.
- Figueres, Joseph (2005). "Periodismo de guerra. Las crónicas de la Guerra Civil Española". *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 11, 279-291.
- Fussell, Paul (2003). *La Gran Guerra y la memoria moderna*. Madrid: Turner.
- González, Pilar (1999). "Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX". *Estudios Públicos* 76, 233-262.
- Henríquez, Ana (2009). *José Francisco Vergara: Guerra del Pacífico y liberalismo*. Valparaíso: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
<http://dx.doi.org/10.4067/S0716-54552014000100010>.
- Ibarra, Patricio (2014). "Liberalismo y Prensa: Leyes de imprenta en el Chile decimonónico (1812-1872)". *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* XXXVI, 293-313.
- Mc Evoy, Carmen (2011). *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Mosse, George (2016). *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Poblete, Juan (2002). *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Rama, Ángel (2004). *La ciudad letrada*. Santiago: Tajamar.
- Relación completa de las batallas de Chorrillos y Miraflores*. (1881). Valparaíso: Imprenta de "La Patria" – Calle del Almendro.
- Riquelme, Daniel (1967). *La expedición a Lima*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Rivera, Carla. (2017). "Prensa y política. El poder de la construcción de la realidad. Chile, siglos XIX y XX". En: Jaksic, Iván y Ossa, Juan (eds.). *Historia política de Chile, 1810-2010*. Tomo I. Santiago: Fondo de Cultura Económica, pp.211-241.
- Rousseau, Frederick (2014). "Repensar la Gran Guerra (1914-1918). Historia, testimonios y ciencias sociales". *Historia Social* 78, 135-153.
- Rubilar, Mauricio. (2011). "Escritos por chilenos, para los chilenos y contra los peruanos": la prensa y el periodismo durante la Guerra del Pacífico (1879-1883)". En: Donoso, Carlos y Serrano, Gonzalo (eds.). *Chile y la Guerra del Pacífico*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, pp.39-74.
- Sater, William (1986). *Chile and the War of the Pacific*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- Silva, Raúl (1958). *Prensa y periodismo en Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

Publicaciones periódicas

- El Coquimbo*, La Serena. 1879-1883.
- El Ferrocarril*. Santiago. 1879-1881.
- El Heraldo*. Santiago. 1880-1881.
- El Mercurio*. Valparaíso. 1879-1883.
- La Industria*. Iquique. 1883.
- La Patria*. Valparaíso. 1879-1883.